

los países andinos. Así, podemos trazar preocupaciones paralelas e identificar las particularidades de cada espacio y cada época específica. He allí su principal contribución.

Jack Martínez Arias
Hamilton College

Mabel Moraña, *Filosofía y crítica en América Latina. De Mariátegui a Sloterdijk*. Santiago de Chile: Ediciones Metales Pesados, 2018. 400 pp.

Mabel Moraña no necesita carta de presentación. Su notable trayectoria académica y amplia producción escrita la preceden y señalan como una de las intelectuales más agudas y versátiles de la crítica cultural latinoamericana. En este libro explora los vínculos entre filosofía y crítica en América Latina a partir de la consideración de que esa unión ilustrada (sobre todo desde Kant) constituye una de las marcas más representativas de la producción intelectual de la modernidad. El volumen está dividido en una introducción que describe su cartografía conceptual y dos secciones: “Biopoder, colonialidad y emancipación en América Latina”, que indaga en la cuestión del colonialismo y sus vínculos con la colonialidad, la modernidad y la violencia; y “Relecturas y debates crítico-filosóficos”, que ofrece un acercamiento a los pensadores europeos que han tenido más influencia entre la intelectualidad latinoamericana. La primera sección aborda las contribuciones críticas y filosóficas de José Carlos Mariátegui, Enrique Dussel, Bolívar Echevarría y Roger Bartra, y nos acerca a los fenómenos

de la violencia y la biopolítica en el contexto regional. La segunda muestra el impacto de la obra y las ideas de Walter Benjamin, Michel Foucault, Pierre Bourdieu y Peter Sloterdijk en su recepción latinoamericana.

El capítulo liminar indaga la actualidad del pensamiento de Mariátegui en los debates contemporáneos sobre emancipación y colonialidad, entendiendo sus disquisiciones como una “epistemología emancipada” que critica a la razón y la modernidad occidentales, toda vez que confinan las problemáticas andina y peruana –y, por extensión, latinoamericana– fuera de la órbita de categorías con un supuesto valor universal. Asimismo, destaca su distancia de la ortodoxia marxista tanto en el nivel ideológico como en el del análisis, debido a las limitaciones del marxismo en la comprensión de la *diferencia* de la periferia como hecho y conciencia marcada por la violencia colonial. Un ejemplo significativo de ese distanciamiento es que para Mariátegui la cultura no constituye una superestructura, sino una plataforma donde se resuelven los conflictos sociopolíticos, es decir “la arena en la que se dirimen los procesos de formación de identidades colectivas y las dinámicas –económicas, ideológicas, sociales– que los atraviesan” (86). Pero también su revaloración del mito como una dimensión positiva de la utopía socialista indoamericana, que haría posible una emancipación articuladora de todos los sectores sociales en torno a agendas políticas comunes, superando el paradigma estatal moderno-occidental y el triunfalismo vacío de las independencias que no

podieron enfrentarse al desafío del colonialismo supérstite.

De Dussel resalta el desmontaje crítico de la concepción de la modernidad como proceso eurocéntrico desplegado en la historia mundial. Propuesta como una genealogía historiográfico-filosófica, la crítica de Dussel identifica que la modernidad sólo pudo ser catapultada en el orden planetario a partir del “descubrimiento” de América, evento histórico que implicó un reordenamiento de la hegemonía europea como nuevo centro de un proyecto civilizatorio de alcance universal y totalizante, y relegó al Nuevo Mundo a la periferia. Esa hermenéutica constituye inevitablemente una *otredad inequívoca* (no sólo “prójimo”, sino ante todo excluido y oprimido) como resultado del avatar moderno concomitante con la experiencia colonial, aunque Moraña identifica el riesgo de romantizar la posición de las víctimas, las que pueden participar de manera activa en su propia dominación. Por ello, y quizá para superar ese riesgo, Moraña concibe la obra de Dussel como una “ética epistémica”, cuya unión entre filosofía y política contribuye a un diálogo constante y consciente de las asimetrías del poder cultural en el proceso hacia la verdadera liberación.

Los dos capítulos siguientes examinan los aportes de Bolívar Echeverría en el análisis de la materialidad cultural latinoamericana desde su *diferencia* y dimensión heterogénea, y la violencia como epifenómeno inherente a la modernización. Echeverría sostiene que la cultura no sólo es una experiencia colectiva en cuyo proceso dialéctico se cons-

tituyen las identidades, sino además el ámbito que congrega los conflictos sociales y sus representaciones, así como sus posibilidades transformadoras. En ese sentido, el arte constituye una intervención colectiva cuya interpelación disruptiva desestabiliza la lógica instrumental capitalista. De ahí que para Echeverría el barroco sea tanto expresión americana como “producción proliferante, invasiva, de sentidos que cavan una brecha de transgresión festiva, de alternatividad y *diferencia* en la economía de lo real” (135). En la cultura también gravitan los discursos racializados del mestizaje y la blanquitud, las imágenes sobre la modernidad y el progreso, pero también sus contraimágenes o lados oscuros como la violencia en todas sus múltiples manifestaciones, que desestabiliza las visiones teleológicas de un progreso moderno contrapuesto a la “barbarie” premoderna.

El capítulo sobre Roger Bartra trata de la melancolía como la experiencia subjetiva moderna por excelencia. Si bien es cierto esa relación no resulta nueva (*spleen*, aburrimiento, nostalgia), el aporte de Bartra consiste en haber identificado, a partir de sus indagaciones sobre Kant, Weber y Benjamin, que la modernidad es ante todo una ruina marcada por la desesperanza y la destrucción de la fantasía de una plenitud constante de progreso y producción. Pero la melancolía no es concebida simplemente como un estado de inacción, sino como una dimensión autónoma del espíritu fundadora de la sensibilidad romántica, una “fuerza productiva en cuanto fortalece al sujeto estimu-

lando su creatividad y su capacidad visionaria” (175).

El capítulo que cierra la primera sección abre en gran medida la segunda al concentrarse en la discusión sobre el concepto foucaultiano de biopolítica y su operatividad crítica para entender las dinámicas del poder, que desde la Conquista hasta nuestros días han dejado una huella imborrable y determinan aun la relación entre Estado y sociedad. Moraña condensa la trayectoria de este concepto desde Foucault hasta los recientes trabajos de Giorgio Agamben, Michael Hardt y Antonio Negri, y Roberto Esposito, quienes amplían el espectro de intervención de los mecanismos biopolíticos en el orden social.

La segunda sección presenta una síntesis de las ideas centrales de Foucault, Bourdieu, Benjamin y Sloterdijk, proponiendo al mismo tiempo la singularidad de su recepción periférica. Así, no sólo identifica el valor de las ideas de estos pensadores y la operatividad de sus aparatos conceptuales, sino también observa los vacíos y las limitaciones de una actividad intelectual imaginada y construida desde Europa. Si bien es cierto que categorías críticas como biopolítica y archivo (Foucault), experiencia y discontinuidad (Benjamin), violencia simbólica y *habitus* (Bourdieu), o la consideración del humanismo como tecnología inmunológica (Sloterdijk), han sido del todo útiles para pensar nuestras realidades, no es menos cierto que cualquier importación intelectual requiere ajustes y una selección estratégica que se adecúe a nuestras urgencias. Moraña resalta, por ejemplo, las limitaciones de Foucault (tal

vez el intelectual más representativo en la recepción latinoamericana) para pensar el racismo y los discursos racializados más allá de la cuestión judía y su relación con la guerra, con lo cual deja de lado toda la experiencia racial en la periferia colonial activada por la intervención de los invasores europeos. De la misma manera, y aun a pesar de su importancia en el análisis del campo cultural, la sociología reflexiva de Bourdieu no ha sido capaz de proveer una mirada más amplia sobre la heterogeneidad cultural de la región, pues sus ideas no consideran aspectos centrales propios de nuestra realidad sociohistórica como “la dependencia económica, el autoritarismo, la marginalidad, el neocolonialismo, etc.” (269). Esta sección también incluye dos breves capítulos que abordan la cuestión teórica de la precariedad y los afectos, temas importantes en la agenda de la reciente crítica cultural latinoamericanista.

El abordaje de las relaciones entre crítica y filosofía en América Latina que propone este libro no solo contribuye a una mirada hacia la región como un espacio de recepción de la producción intelectual occidental. Quizá más importante que ese legado, dada nuestra condición periférica, sean las respuestas al eurocentrismo moderno en el orden de las ideas, con lo cual Moraña despliega un conjunto de elaboraciones intelectuales que descubren y ofrecen nuevos modos de pensar y producir saber.

José Eduardo Cornelio
Ursinus College